Yo soy... Yo soy anarquista.
Pueden los malvados de la tierra inscribirme en sus sórdidos asquerosos y los guardianes, [illegible] oprimir mi cuerpo. Pero tú, ¡oh pueblo escarnecido!, no quieras tritura en mi imaginación una idea que busca tu redención y tu libertad.

Antonio Ballesteros

Cádiz.

LA CANCION DE LA ANARQUIA

Que se acuerdan los que forman el ejército de hambrientos, [tos,
que los alimentan los Reyes, los de rostros medrientos,
que los sostienen los que luchan en la mina ó el taller,
que los mantienen los que viven en prostibulos infames,
que los mayorazgos los van entre la opresión de los tiranos
y hasta que es que vienen lapidas de piedra;

Yo llamaba los cerebros, con monetas empiramos,
despojándolos de torpes y fatales atavismos
que imperaran en las mentes, desde tiempo inmemorial,
y á la luz resplandeciente, de mis claros convicciones
cosa de ebonitos los absurdos de brutales religiones
y la lógica leyenda de una vida inmaterial.

Yo rebusco en el pasado el principio de los mundos
y descubro con mis leyes los secretos más profundos
conociendo atentamente de lo inconcebible en pos
y en las capas subterráneas, busco el por qué de las cosas,
ante cuyas encadenados se estremecen gozosas,
las legiones defensoras de un inicuo y torpe dios.

Busco el hombre, y no sé el lodo, de que dice que le forma- [ran,

yo le busco en las capas que los tiempos enterraran
transformado por las leyes de la eterna evolución,
y al mostrarle el protoplasma como origen de la vida,
se destruye la creencia harto tiempo sostenida
de un ser todo poderoso autor de la creación.

Yo le enseño que es el alma la reunión de sensaciones
que originan del cerebro las distintas vibraciones
y destruyo la creencia de una esencia espiritual
demostrando con mis leyes, que las almas agonizan
al las sanguíneas corrientes sus funciones paralizan
porque sólo la envolvían, la materia es inmortal.

Yo le enseño que el rueda confundida en la balumba
de la materia, busque sólo, en el fondo de la tumba
el taller donde se labra la substancia material
que al perderse en las regiones insondables de la nada
se disgrega y se sonfunde, pero torna transformada
en la bella mariposa ó el dorado cereal.

Y educándole, le alaro, le redimo á la ignorancia,
ofreciéndole la tierra como rica bella estancia
donde tiene, pues qué pecs, el derecho de vivir
y al mostrarle de Natura los encantos bien hechores
hoy en manos de los viles, cobardes explotadores,
le enseño la injusticia que es preciso destruir.

Le convito á que destruya las malditas propiedades,
consecuencias inmediatas de los robos y los fraudes
que se vienen cometiendo desde tiempo inmemorial
y á que vea en los humanos, sin distingos de colores,
sus iguales, terminando los esclavos y señores,
con los torpes privilegios del odioso capital.

Que destruya el áureo solio, de los dioses y los reyes,
que destruya, que aniquile, las brutales torpes leyes
que encarnaran en sus credos la tiránica opresión
y que rueden para siempre sacerdotes atavismos
que sacieran en las sombras de los torpes tamaismos
donde origen á la infamia y cruel explotación.

Que aniquile, que destruya las graníticas fronteras
que separan á los pueblos, y que rasguen las banderas
con que guían á los hombres de la guerra á la impiedad,
y olvidando los prejuicios de brutales enseñanzas
pongan coto de los pueblos á las sórdidas venganzas
y en la tierra imperen sólo el Amor y la Igualdad.

José Manuel Mendez

Santander, Febrero.

La Garduña.

En una gigantesca montaña estaba la vivienda, construída por la Naturaleza con bloques de piedra caliza, próximos á desplomarse; ni senda ni cañada cruzaba por las elevadas pendientes; sólo inmensas moles de blancos pedruscos cubrían el aposento de «La Garduña», que, más que habitación de ser humano, parecía un nido de *mortalillas* y de ratas.

Era extraño que allí viviese persona alguna, incomunicada por completo con el pueblo y sin otros placeres que los que brindaba el sol claro y esplendoroso y la monotonía del suelo fecundo.

Sin embargo, cuando los vecinos de «La Velilla» dirigían sus miradas indiferentes á lo alto de los picachos, la exclamación era siempre la misma... «¡La Garduña...» ¡Bah!... Si *eso* no es persona. *Mió* que vivir en un nido de águilas...

.....

Hacía doce años que en el «nido de águilas» se albergaba *ello*, «La Garduña», con su hombre, con el pobrete zagalón, que, ocupado en apacentar ganado, tuvo un día tiempo suficiente para pararla en el camino y decirla á boca de jarro: «Oye, «Garduña», escúchame...; tú no tienes padre ni madre, ni, como dijo el otro, donde ampararte; tú no *quieites* á tus tíos, ni has *querío* á tus amos, y... si no me equivoco, quizás no quieras á la camisa que llevas puesta; tú no has *nacío* para *adormecete* en los brazos de *nenguin señorico*, ni *po* ser la burra de *reata* de cualquier mozo boqueras ó borracho que se entretenga en zarandear ese cuerpecito de marta, tan bien *formao*, tan *chiquirrillo* y tan *juncar*... ¿Quieres que nos casemos el uno con el otro y formemos un *nío* allí en lo alto, lejos, muy lejos de estos tarrones verdinegros del *pollacho* que tan mal reflejan en tu cara la sangre ardiente de tu cuerpo?...

Y como á «La Garduña» le daba lo mismo decir que sí que decir que no, se quedó en duda por un momento, y después lanzó un «sí» espléndido y sonoro, que fué directo á estamparse en el mismo corazón del zagal.

Se unieron, y en unas rocas solitarias que adornaron con el musgo y hojarasca que las cubrían, establecieron su residencia, arrullados por el ruido estridente del trueno y por el graznido de las águilas, que tenían aquellas alturas por morada.

Ella no cambió de condición en su nuevo estado; continuó impasible é indiferente, con el alma dura y fría, igual que al manto de nieve que se extendía en el horizonte. «La Garduña» era una piedra más colocada en aquel «nido de águilas».

La unión duró ocho años, sin que en este tiempo la exuberancia de la vida cuajase su germen amoroso en el cuerpo de la «gaya». Cuando el hombre desapareció para siempre en aquella caverna solitaria, que podía muy bien servir de ataúd para su cuerpo, no creyó más bueno que el de los labios de su compañera, tan fríos como la nieve y tan secos como la misma muerte.

«La Garduña» volvió á encontrarse sola.

Solo Pobre días después, cuando el sol ocultaba sus esplendorosos rayos, abandonaba el pueblo en donde había servido de mofa durante su breve estancia en él, y refugiaba otra vez al miserable albergue de sus amores muertos. Allí en aquella soledad, pagiflora y gallarda se rebelaba contra todo y contra todos. Un día la estrange de nueva sintió calor en su cuerpo... En condición rebelde, la hizo sublevarse contra aquella inesperada manifestación de la existencia. Quiso luchar contra la vida, y no pudo. El molesto invasor que oprimía su cuerpo vino á destruir todas las torturas de su imaginación, desvaneciéndolas, como el rayo de luz que rasga bruscamente las negruras de la tormenta.

«La Garduña» evolucionaba despojándose de su aspereza. Se agitaba en su seno el germen de una nueva vida modelada fuera del inmenso ambiente del *pollacho*. La hembra se había fundido entre los yertos pedruscos de la montaña. La «madre de nieve» señalaría á su hijo, desde aquella elevada cumbre, la asquerosa vocinglería del *pollacho* y el horizonte rojo de la ciudad, lleno de sangre y de miseria.

Lilliput

Algunas ideas sobre el amor

Para el compañero Miguel Martínez

He leído tu artículo publicado en Tierra y Libertad, núm. 9, y me ha sugerido la idea de apuntar algunos renglones sobre el mismo asunto por creerlo de vital interés para la causa de la libertad.

El único objetivo del animal racional en la vida, debe ser vivir; vivir una vida fecunda en sensaciones agradables, y si este objetivo no es el móvil que impulsa á todo hombre, indudablemente retardaremos la hora feliz del trabajo y la libertad.

Y los anarquistas, como los que se asimilan muchos de los puntos que abarcan nuestro ideal, deben, tienen la obligación ineludible de llenar este requisito que muy acertadamente expone el amigo Martínez.

El amor no puede existir sin la unificación de pensamientos en ambos cónyuges, unificación que debe extenderse en el goce sexual; ambos puntos los creo imprescindibles para crear una familia exenta de prejuicios, sin todo el maremágnum de sofismas y convencionalismos que hacen en la actualidad una humanidad embrutecida, esclava de los tiranos y del poder deslumbrante de un ser invisible y terrorífico, con su horno macabro de fundición humana.

La revolución debe ser en todo momento el único punto explorable; debemos iniciarla y darle un mayor impulso transformando las conciencias, creando hijos con instrucción nueva, basada en el amor á la vida, con amor profundo é intenso.

Y ahora apuntemos algo de lo que el hombre y la mujer deben comprender por vivir.

Las emociones de la lucha forman en mucho el punto esencial y culminante de la vida; el rebelde necesita una compañera que le aliente en los momentos en que su confortable convencimiento en las ideas decaiga, por la eterna persecución, llenándole del noble consejo que vivifique su quebrantado espíritu; en los instantes de prueba deben apretarse, juntarse los pensamientos en uno solo para agigantar la rebeldía y salir sin quebranto del cruel retenimiento en un ergástulo fétido en que las enfermedades se asimilan con facilidad en los cuerpos anémicos; y si cuando vuelve al seno exuberante de su compañera no halla el bálsamo que restañe sus heridas, cicatrizándolas; si por el contrario halla á la mujer ranela, con prejuicios de secta, que muestra su cara huraña de reproche, que debilita su confortable convicción con plañideras reconvenciones, este hombre dejará de ser libre, vivirá en una doble lucha, con sus enemigos y se aherrojará él mismo voluntariamente.

Sólo me resta dedicar un ruego ó consejo á los que me lean, y es que si forman familia y notan estos síntomas que arriba expongo, crean al amigo Martínez; rompan con todos los cordeles que los hacen esclavos de prejuicios y sean libres, amen la vida, y si son jóvenes y aún no han formado el nido amoroso, que no lo formen con hembras enfermas, que tienen el cerebro embrutecido.

Rafael Mestre

Valencia.

La teología ante la razón.

Examinando imparcialmente las opiniones de los hombres, tenemos que confesar (y lo decimos con pesadumbre) que aun las más esenciales están faltas de criterio y lógica, es decir, en contraposición directa con la razón. Para que nuestras opiniones tengan razón de ser, deben estar inspiradas en la verdad y la justicia, haciendo, para ello, caso omiso de preocupaciones y prejuicios seculares que desvirtúan y falsean nuestras opiniones hasta el punto de creer en lo absurdo y ridículo. Si al formar una opinión, lo hiciéramos con aquel recto juicio que debe presidir á todo criterio, y que tan necesario nos es para conocer la verdad y despreciar la mentira, otro sería nuestro modo de vivir, evitándonos, al mismo tiempo, creer en absurdos y caer en vergonzosas contradicciones.

Hay una mal llamada ciencia, que conocemos con el nombre de teología, que es, entre todas las ciencias, la que ha causado mayor daño en todos sentidos á la humanidad. Nacida al calor de la ignorancia de los pueblos antiguos, por estar éstos faltos del criterio necesario para distinguir la verdad en el fondo tenebroso de la religión, que el lucro y las pasiones bastardas de los hombres inventaron para mejor dominar y vencer á las naciones en nombre de un Dios imaginario, pudo llegar á ser venerada y temida por casi todos los países, contando por miles de miles á los que la creían necesaria é imprescindible para el desenvolvimiento y felicidad de las sociedades. Pero nosotros, que creemos á Dios un mito más, puesto que la palabra Dios sólo la consideramos como una hipótesis que para nada necesitamos, vamos á considerar y exponer una vez más los falsos puntales sobre que se asienta la opinión tan debatida en todo tiempo de la *Divinidad*.

La razón, acompañada por un pequeño estudio sobre los orígenes de las religiones, nos dice lo siguiente: que los principios de toda religión están basados en la ignorancia, y que estos mismos principios, que se juzgan incontestables y convincentes, son simples suposiciones arbitrarias, fingidas por la ignorancia, propagadas por el fanatismo y la mala fe, adoptadas sin examen por la credulidad, siempre tildada, y que han sido consagradas por la tradición y la costumbre, y no han sido discutidas porque no se han comprendido.

Dice Montagne: «Los usos hacen creer al mundo, que creen lo que no creen, y los otros, la mayor número, se hacen creer á sí mismos, no sabiendo comprender siquiera que cosa es creer».

Es por esto por lo que decimos que cualquiera que se digne consultar la razón ilustrada por medio del estudio de las ciencias naturales, tendrá que convenir que las opiniones religiosas carecen por completo de fundamentos sólidos y convincentes; que el decantado edificio religioso se puede comparar á un castillo de naipes, que basta un pequeño soplo de aire para derribarlo por tierra; que la teología tomó forma y cuerpo en la infancia de los pueblos, en la cual desconocían las causas naturales que rigen á los mundos, por las que se transforman y modifican; que estas causas y efectos fueron convertidas por los sacerdotes en sistema para engañar y reinar sobre los hombres; que este sistema no es más que un mal hilvanado tejido de quimeras y contradicciones; que, estudiando las religiones que se cultivan en los diferentes pueblos ó naciones en que está hoy dividido el planeta, sólo vemos en ellas fábulas inverosímiles, por atribuir á sus héroes cualidades y efectos imposibles de combinarse y entenderse. La palabra Dios, lejos de implicar omnipotencia para reinar en todos los corazones, ora por medio del respeto, ora por el asombro que produce lo sobrenatural, es más bien una palabra vana, que los hombres tienen en los labios en todos los instantes de su vida, sin poder jamás atribuirle ideas ó cualidades que los hechos no desmienten en toda ocasión por la incompatibilidad que existe entre unas y otras.

Poco importaría el conocimiento de este ser abstracto y sin ideas, es decir, el conocimiento de la palabra Dios, por la que se le conoce, si no fuera causa de males sin cuento sobre la tierra. Teniendo los hombres la opinión de que este fantasma tiene vida real, lo cual es muy de su agrado, no se preocupan ó convencen de su supina ignorancia, y es tal su incomprensibilidad, que confiesan que les es imposible hacer un completo estudio de lo que creen, por la imposibilidad en que se encuentran, de dedicarse por completo á pensar en ella, por ser preciso meditar sin cesar, razonar continuamente y no perderlo jamás de vista. La ignorancia invariable que poseen con respecto á esto, es su mayor castigo, pues, en lugar de desengañarlos de sus falsas opiniones, sólo consiguen irritar más y más su curiosidad hasta el punto de hacerlos dogmáticos, imperiosos y crueles, y de aquí que sean arrastrados á chocar contra todo lo que implica luz y progreso, por poner en evidencia los delirios y fantasmagorías que su enferma y rutinaria imaginación ha forjado.

¿Se puede resolver ó aclarar una opinión cuando el único medio que se posee es la irresolución...? No; el hombre que no posee un criterio propio y que cierra los ojos á la razón, jamás llegará á conseguir emanciparse su conciencia de los errores acumulados por la maldad de unos y la avaricia de los demás. Con la irresolución, sólo se consiguen grandes y agitadas meditaciones, cuando se trata de explicarse un objeto difícil de comprender, por cuanto esta misma incomprensibilidad lo presenta muy importante, de lo cual resulta un malestar que pone al hombre intratable por producir en su cerebro exaltaciones homicidas, y en extremo peligrosas. Y á poco que el interés, la vanidad y la ambición se unan á estas disposiciones, que podemos llamar patológicas, la sociedad no puede por menos que resentirse en su marcha progresiva y dar un paso á favor de la reacción.

Y es por esto por lo que tantas naciones han sido frecuentemente el teatro donde se han representado las grandes tragedias humanas, cuyos preliminares han sido las extravagancias de multitud de delirantes insensatos, que unas veces, pregonando y otras bendiciendo sus mercancías averiadas y nauseabundas para conseguir su aceptación en el mercado de los pueblos como verdades eternas, han podido exaltar el entusiasmo de estos mismos pueblos y de sus jefes, y los han armado y puesto enfrente de otros pueblos y otros jefes que no estaban conformes en aceptar como buenas sus mercancías, por más que las suyas no fueran mejores; y todo esto por opiniones que pintaban como las mejores para la *Divinidad* y la felicidad de las naciones.

¡Habrá algún Estado, pueblo, aldea ó villorrio que no haya sido hollado por la planta de estos fanáticos alucinados...! ¡Qué país se podrá alabar de no haber visto sus calles y campos regados de sangre humana y sus plazas convertidas en quemaderos públicos...? No hay un rincón del mundo que no haya sido teatro de crímenes horrendos, cometidos en nombre de un *Dios* de paz y amor, por los que se llaman sus predilectos, por creer éstos un deber destruir á los que no piensan como ellos por medio del degüello y de la hoguera.

Nuestra razón se niega á creer en tales monstruosidades y se pregunta: ¿Por qué y para qué se han destrozado en todo tiempo tantos millones de seres, que, según los teólogos, deben su vida á un *Dios* único? ¿Por qué? Para imponer y mantener las opiniones estúpidas de algunos entusiastas imbéciles. ¿Para qué? Para alcanzar, al amparo de fabulosas narraciones sobre un ser que no existe más que en sus mediocres cerebros, grandes riquezas y poderes sin fin sobre los hombres y los pueblos...

En realidad, el *conocimiento* de *Dios* más se nos ha dado á conocer por abstracciones, guerras, disputas y locuras, que por la ciencia y el sentido común, y es por esto que las opiniones teológicas son un insulto continuo para la razón humana.

Francisco Rey.

Sevilla, cárcel.

¡Trabajadores!

Animada por la actitud revolucionaria que noto en nuestros compañeros de Rusia, os dirijo mi pobre palabra inspirada en el cariño, y alentada por las pruebas de valor y de energía que están demostrando al rebelarse contra la tiranía que los oprime.

Veo que la clase trabajadora de aquel país, no tiene los ojos tan vendados como creía. Su actitud ha sido para mí una sorpresa, como creo habrá sido para muchos trabajadores de nuestro planeta, el acto de rebeldía de nuestros valientes camaradas.

Hoy tiemblan los tiranos al ver el avance de las ideas reivindicadoras; ven que no está lejano el día en que tendrán que rendir cuenta de las infamias que cometen con arrogancia que todo lo producen.

No puedo menos que expresar mis simpatías hacia aquellos que han sabido sacrificar su vida y su libertad en beneficio de la humanidad entera, y por esto, envío un saludo á los valientes compañeros de Rusia, que saben exigir y no pedir, lo que por derecho les pertenece.

Ahora, trabajadores, de demostrar al mundo entero que somos seres pensantes y no simples instrumentos; es hora de exigir justicia á los vampiros que nos explotan. Hemos clamado justicia, y la burguesía ha hecho oídos de mercader. Hagámonos, pues, oir, y ya que por los medios legales nada nos es posible, imitemos á nuestros compañeros de Rusia.

¿Cuál ha sido la respuesta á nuestras peticiones? La expulsión aquí y acullá, el destierro sin miramiento ni piedad; han sido bárbaros en su obra; los burgueses se han hecho dueños de la vida y hacienda de honrados trabajadores que pedían justicia; por este enorme delito, se les expulsó sin tener en cuenta que, á consecuencia de una ley bárbara, por ellos dictada en algunos países, y en otros sin ella, muchos dignos proletarios han tenido que abandonar sus hijos en brazos de la muerte, sin que los verdugos hayan tenido clemencia para las inocentes criaturas que quedaron en la orfandad.

Es hora, pues, compañeros, de exigir cuentas de estos crímenes y vejaciones, obrando como los obreros de Rusia, hasta el completo derrumbamiento de esta podrida sociedad. Ya que no se nos atiende cuando apelamos á los medios legales, justo es que nos rebelemos.

Me creo de habréis desengañado de pedir justicia con los brazos cruzados, tarea inútil; armémonos de energía... y la fuerza opongamos la fuerza.

Meditad, y veréis que no habrá barrera capaz de detener á un pueblo sediento de justicia. ¿No veis temblar al enemigo si unas un pueblo hace sentir su indignación como sucede en el actual movimiento revolucionario de Rusia? ¿No lo veis también de miedo mucho antes que el pueblo en general se haya despertado del sueño en que está sumido? Pues rasguemos de una vez la venda que cubre nuestros ojos y rompamos con energía las cadenas que nos oprimen, y empecemos nuestra obra en compañía de esos valientes iniciadores.

Entonces, y sólo entonces, podremos hacer triunfar la justicia humana.

Vuestra y de la Anarquía.

Encarnación Gómez

Sevilla.

CURIOSIDADES CRISTIANAS

LA IGLESIA DOMINANTE

No es preciso ir demasiado lejos para hacerse cargo de lo que podría ser la Iglesia triunfante, la Iglesia elevada al grado superior del poder. Recordar la historia es inútil en este caso, porque aún sufre la humanidad ejemplos vivos de la Iglesia elevada al summum de la tiranía y el poder. El sultán de Marruecos, el emperador de la China, el sultán de Turquía y el más civilizado, según se dice, de todos los pontífices extrarromanos, el zar de todas las Rusias, hacen innecesaria toda indagación histórica.

El zar es uno de los seis ó siete papas que dominan el mundo. Un papa como el de los árabes, como el de los turcos, como el de los chinos, como el mismo pontífice romano, si se le dejara realizar su deseo.

El zar no es sólo el emperador de todas las Rusias —esto es una fórmula; ya se ve—, sino el emperador de todas las almas de los rusos. Los zares, desentendiéndose de Roma, han realizado el ideal de los papas. Volver á ser como los antiguos emperadores romanos, reyes y sumos pontífices.

El cisma griego, que surgió por la intolerancia del patriarca San Ignacio (no confundirle con el cojo de Puenterrabía), no hizo más que aclarar una situación mistificada del pontificado romano. Fué una sublevación contra la tiranía de los presuntos sucesores de San Pedro, que se atribuían una jerarquía suprema, no acordada por nadie.

La Iglesia cismática, en realidad, no es otra cosa que un cristianismo sin pontífice, sin papa regular, nacido por el concilio ó por la Iglesia. Su papa es el rey, el emperador ó el zar, y, fuera de eso y de su concepto, más racional de la Trinidad que los católicos; en lo demás, ambas Iglesias son iguales. Son las mismas.

Los buenos católicos, cuando ponderan las fuerzas católicas, en la mayoría de los casos, se añaden bonitamente á sus millones de fieles, los millones de cismáticos, para aterrorizar á los protestantes con la suma final de tanto creyente.

La Iglesia rusa, cuando realmente se ha afirmado como algo nacional y propio de su pueblo, ha sido desde mediados del siglo XVIII. El summum del poder y de la extensión ocurrió en el siglo pasado, y hoy está completamente desacreditada en la conciencia popular, donde miles de sectas, más ó menos cristianas, más ó menos extrañas, se disputan la dirección de las almas. Hasta la de los capados.

La tiranía pontificia no se conoce en Rusia con este nombre; se la designa con el nombre de tiranía del zar, porque el zar es papa y emperador, uno é indivisible. En un principio, los destinos eclesiásticos del pueblo dependían del Santo Sínodo de Kiev, la ciudad santa, algo así como Toledo ó Zaragoza; quizá mejor como Santiago de Compostela y Toledo, todo en una pieza. El Sínodo lo componían doce mitrados, recordando el número de los apóstoles, y, juntamente con el zar, decidían sobre los dogmas y las cuestiones de fe. El Sínodo de Plotzk decidió, por ejemplo, la inmediata conversión de dos millones de griegos. Y se convirtieron. ¡Vaya!

Un rasgo parecido á los famosos de San Vicente Ferrer, que predicaba de tal modo, que los pobres judíos se dejaban bautizar en masa, recibiendo las aguas bautismales que arrojaba sobre ellos un formidable hisopo.

Al trasladarse el Santo Sínodo de San Petersburgo, se ha modificado notablemente, y hoy viene á ser algo así como un colegio cardenalicio, compuesto por cardenales, no tan ambiciosos como los de Roma; pero más cobardes que todos los *prudentes* cardenales del Renacimiento.

La religión oficial es la religión cismática. Una religión que ha elevado 708 catedrales consagradas al culto y á la salvación de las almas, número exiguo para los 100 107 millones de habitantes que tiene el imperio.

Los obispos son menos. No llegan á [illegible] tenta. Unos pocos más que nosotros; pero muchísimos menos si se saca la proporción de los nuestros para los 18 millones de habitantes que somos.

Pero no todo es virtud. El obispo ruso *archieri* — no puede prodigarse. Es [illegible] cargo de demasiado poder. Y los grandes poderes sólo son soportables disimulándoles con la escasez ó la rareza. Un capitán general en cada provincia no podría sostenerse. Un obispo en cada aldea, menos. [illegible] capitanes generales no deben ser más de cuatro; los obispos, 49, y así en los demás órdenes. Es lo que tiene decidido el tranquilo buen sentido del ilustre burgués don José Pérez.

Esta centralización eclesiástica de la jerarquía se la reparten y la dulcifican un poco entre los rusos, los abades, archimandritas (eclesiásticos feroces y no mandan, y sobre todos los frailes).

Rusia tiene frailes. Sí, tiene frailes.

Todo este alto clero es el *clero negro* [illegible] negro) porque no viste de blanco. Lo viene el proletariado eclesiástico, la víctima, el *clero blanco*, el *pope*, el cura misa y olla, un pobre hombre que se puede casar (sólo una vez) y que casi siempre es casado, y tiene muchos hijos y mucha [illegible] seria, y muy poca vergüenza, y muchísimo mal vino. Es el hombre más desacreditado de Rusia. En la novela y en el libro desempeña el papel de nuestros guardias [illegible]. Es un recurso fácil, de mala ley y de éxito seguro en toda obra.

El Estado no mantiene al pope. El Estado sólo mantiene al zar, al Sínodo, al clero negro y á los templos. El pope es un paria eclesiástico que se encuentra en la más [illegible] dichada de las situaciones humanas. Tiene que hacer una serie horrorosa de infamias para vivir, si es que quiere vivir, y la calidad de cura es lo primero que se echa en cara cuando comete una de las humanidades tan humanas en todos los [illegible] bres y desamparados.

El pope es un vividor ó un anarquista.

Los dos tipos se disputan la hegemonía de las almas, y triunfa el segundo, porque el primero se deshace á sí mismo bajo *kirz* y la trampa, mientras el anarquista edifica y construye al corcionarse de la [illegible] cuidad de la fe y al darse una nueva misión para cumplir su misión de mediador de almas.

«He renunciado á Dios; pero no he renunciado á los hombres—decía en cierta ocasión un pope—. Hasta aquí he enseñado una mala doctrina á los hombres. Ahora he descubierto la verdad y tengo más conciencia del deber que me he impuesto: debo decir mi verdad á los hombres. Esta mía, la única por la que puedo morir como mueren los mártires.»

Son las palabras que se dicen todos los popes inteligentes. Son las palabras que [illegible] dijo hace tiempo, al terminar sus dudas, el pope Gaponi y las que le han servido para hacer el prólogo de la gran revolución rusa.

¡Un cura! Sí, un cura. ¿Quién se extraña? ¿No son todos los rebeldes sacerdotes de la verdad y de la justicia?

Bendigamos una vez más á la Iglesia dominante, á la Iglesia en auge, porque [illegible] lograr tan alto predicamento, derribando una vez no sólo un poder, sino dos poderes, las dos tiranías.

Este el verdadero sentido de la frase de Catilina: «Yo quisiera que el pueblo romano tuviera sólo una cabeza, [illegible] tener el placer de cortarla.»

Bendita sea la injusta gran maldad, que ella es el único enemigo.

Rafael Urbano

UN GOBERNADOR ESTUPEFACTO

Recientemente acordó la agrupación socialista de ésta celebrar un mitin contra las barradas de los déspotas rusos. El Poncio negó el permiso y almacenó con la cárcel al que se atreviera á protestar de las caricias del angélical Trepoff para con sus compatriotas. Entonces los socialistas suscribieron una protesta. Los grupos anarquistas de Pasajes, Rentería y San Sebastián, que preparaban su adhesión al mitin, entendieron que no decía bastante la protesta de los socialistas, y suscribieron la siguiente, iniciada por el grupo «Cosmopolita» de San Sebastián:

«Los anarquistas condenamos la actual organización social, por considerarla injusta, sin más, criminal.

»Cuando un hecho que demuestra el barbarismo imperante entre los humanos llega á conmover á los más indiferentes, habiéndoles formular enérgicas protestas públicas, los anarquistas redoblamos nuestra propaganda; damos fe de vida para recordar á todos los tiranos (que no se encierran solamente en Rusia) que nuestra aspiración común, y en esta inteligencia hacemos hacer patente, en una forma ó otra, nuestra adhesión á los valientes revolucionarios rusos, heraldos justicieros de la verdad, como nuestro más denigrante escupitajo para esa fiera llamada zar y todos sus defensores.

»¡Adelante, obreros rusos!

»¡Caigan á vuestros pies los que hacen de la vida un infierno real!

»San Sebastián, Febrero de 1905.

Rafael Granados, Emilio Chais, Conde [illegible] zales, José González, Rafael Rivero, D[illegible] so Castrillo, Victoriano San José, Ce[illegible] San Juan, Victoriano Olivares, [illegible] Sanz, Elías Yerro, Roberto Blanco, M[illegible] Roselli, Saturnino Quebedo, Cefirino G[illegible] Iturrondi, Angel Rodríguez, Julián [illegible]